

NOTAS, TEXTOS Y DOCUMENTOS

Acerca de la esencia de Europa (*)

I. COMPLEJIDAD DE LA PREGUNTA Y SU DELIMITACION

Muchas veces, la dificultad en la solución de un problema suele provenir de un planteamiento deficiente del mismo. Un sistema de ecuaciones mal planteado es insoluble. ¿Por qué los europeos siguen preguntándose constantemente qué es Europa (a pesar de tanta bibliografía como hay para contestar a esta pregunta), sino porque no está claro el mismo sentido de lo que se pregunta?

Si nos preguntamos, por ejemplo, qué es un vegetal, será muy diversa la respuesta que demos, según sea el sentido concreto del planteamiento de nuestra cuestión. Pueden, en efecto, ser muchas las respuestas verdaderas; pero no todas serán igualmente profundas, íntimas. Por esto, pueden multiplicarse indefinidamente las respuestas y ninguna satisface del todo.

Desde luego, sería mucha ingenuidad imaginarse que ahora pretendo hallar precisamente esta esencia más íntima de la europeidad. Es más modesta mi pretensión. Sólo pretendo contribuir con algunas ideas, que si bien son conocidas aisladamente, aquí se integrarán dentro de un «todo»; y con ello quizá contribuiré en algo a que se enfoque nuestra atención hacia la solución que podría darse, dentro de esta dirección, acerca de la esencia y del alma de Europa.

La primera observación, pues, según lo que acabo de decir, es que no nos hace avanzar mucho en la esencia de la cosa una mera descripción de sus partes «integrales» (como sería definir la planta, describiendo que es el ser que tiene tallo, hojas, raíces, frutos), si, a partir de ellas, no se penetra luego hasta características más íntimas, que son las que las requieren y las producen. Tampoco sería suficiente describir sus constitutivos «inmediatos», por ejemplo, los elementos químicos (carbono, sodio, oxígeno, etc.) que integran los tejidos de la planta. Menos aún sus «accidentes» (por ejemplo, el color verde), si no escudriñamos por qué sucede, de dónde le viene a la planta que tenga color

(*) Contestación a la pregunta que formuló al autor la dirección de la revista *Humanitas* (Turín). Dado el carácter poco asequible que tiene esta revista italiana para el público español, y también porque los estrechos límites fijados no permitieron reproducir íntegramente el texto, se da por entero aquí.

verde. Definir, por ejemplo, a Europa diciendo que es tal ámbito geográfico, es dar una definición de manual, pero no nos hace adelantar en el conocimiento de la esencia de Europa. Definirla diciendo que sus valores tienen «universalidad» (como dijo hace poco un escritor español), juzgo que es una respuesta superficial, si a partir de aquí no se estudia por qué razón tiene Europa esa universalidad; qué clase de universalidad es la que brota de su esencia, y cuál es el principio íntimo que la produce.

Ahora bien, ya es sabido que hay un sorprendente paralelismo entre la vida en sentido *físico* y la vida en sentido *moral*. Las sociedades son vivientes morales; y por esto se les aplican con sorprendente analogía las propiedades de los vivientes, considerados en sentido físico.

Por esto, así como el viviente corpóreo tiene, además de una materia, un principio vital o alma, que la informa y que es la raíz de su perfección y organización teleológica, del mismo modo toda sociedad tiene, además de los hombres que la componen, o materia, una autoridad o principio formal, unitario, que informa esta materia. Valiéndonos de esta analogía, ya expusimos en otra ocasión un desarrollo de los conceptos de revolución y progreso (1).

No sería exacto considerar a Europa como una sociedad en sentido *estricto*, porque Europa, mirada a través de los tiempos, no ha tenido una autoridad *única*, que, como forma o principio unitario, informase el múltiple y abigarrado elemento material que tenía ante sí; pero de un modo análogo tiene también *algo* de lo que es propio de una sociedad, en cuanto que había en sus diversos grupos étnicos y civilizaciones, varios *principios informantes y unificadores*, de tal vitalidad y valor, que no se perdían sino se fusionaban, al rodar del tiempo.

¿Cuáles son estos principios informantes, que nos dan la esencia más íntima de Europa al considerarlos unidos y estructurados en un todo? Así como es la forma el principio que radicalmente dirige las actividades teleológicas del viviente, de un modo semejante podemos preguntarnos cuáles son estos principios cuasi formales, que han dado un perfil perdurable y conocido a los múltiples pueblos que han integrado el espacio geográfico europeo.

II. — EL ALMA DE EUROPA

No pretendo decir nada desconocido (sino algo más estructurado y unitario) al afirmar que los elementos cuasi-formales que han configurado a Europa han sido primordialmente tres: Grecia, Roma y el Cristianismo. No niego que a estos tres elementos se les pudiera añadir algún otro, pero, desde luego, no con el mismo rango de importancia que los anteriores. Estos han sido realmente los que han impuesto cierta configuración, una y constante (dentro de la diversidad individual de

(1) *Humanitas*, VIII (1953) n. 8-9, p. 901-910.

cada época y raza), a la abigarrada colección de elementos étnicos que habían de informar.

Lo que llamamos «estilo de vida» de Europa está germinalmente contenido y condicionado por un «estilo» de pensar, de amar, de actuar, propio de estos tres elementos cuasi-formales.

Si no hubiesen tenido alguna adquisición nueva e importante que comunicarnos, no habrían sido elementos formales, sino materiales; no alma, sino cuerpo; no estilo universal y perdurable, sino particularidad étnica de la península helénica, de la itálica o del pueblo judaico.

Lejos de esto, era tal el vigor que había en su aportación, que, además de informar a los pueblos autóctonos, éstos, sorprendidos con el hallazgo maravilloso que se les venía encima, miraban como «suyo» lo que habían aprendido y lo incorporaban, a «su» modo, al acervo de sus propios elementos, de suerte que, dentro de la variedad individual, quedaba una estructura de sorprendente semejanza. Esta diversidad dentro de la unidad era otra prueba de la profunda vitalidad y originalidad de estos valores. De suerte que no sólo informaron tanto las tribus nórdicas como las ibéricas; tanto las eslavas como las de la costa mediterránea, sino que rebasando estos estrechos límites, informaron también todos los otros continentes del orbe y dejaron en todos ellos algo del sello propio e inconfundible, que conocemos con el fenómeno de la llamada «europeización del mundo».

III. — GRECIA DESCUBRE LA VIDA

No es tarea fácil condensar en pocas líneas todo el legado de Grecia. Pero ya no es tan difícil si no pretendemos que nuestro inventario sea exhaustivo; antes bien, nos limitamos a seleccionar aquellos pocos principios más radicales, es decir, a la vez más universales o remotos y formalmente irreductibles entre sí. ¿Cuáles son y cuál es la actitud íntima de que brotaron?

La actitud del pueblo griego no es la mera extroversión del pueblo antiguo, infantil, que vive de los excitantes extrínsecos con ingenuidad. El pueblo griego vuelve a sí, reflexiona sobre sí, al choque del mundo externo; se sorprende, se maravilla y descubre la vida del hombre en el cosmos, entendiendo aquí la palabra «vida», no precisamente en sentido exclusivo dionisiaco, en cuanto opuesto a apolíneo, sino en sentido «total». En el «cosmos» ve el orden y la belleza; en el hombre ve razón; ve voluntad, tanto libre, como arrastrada por el juego fatal de sus elementos; en su sentimiento ve, tanto el goce sereno de la contemplación equilibrada, apolínea, como la posibilidad de la embriaguez dionisiaca estúpida del bruto, y también la tragedia de los hechos, que en cierta medida, con su fatalidad, nos dominan, porque nuestras fuerzas no alcanzan a dominar los sucesos como queríamos.

Para no distraer ahora la atención ante esta multiplicidad de fuerzas y su difícil juego, podríamos retener algo del legado de Grecia, como precipitado y filtrado de su destilación, diciendo que Grecia descubrió *al hombre*, al saber maravillarse ante este prodigio de lo que es el hombre, revalorizando con ello sus más típicas actividades de razón, voluntad y sentimiento.

a) *La razón*. Es un precioso descubrimiento de la Hélade. ¡Qué diferencia tan inmensa hay entre la estructura racional del pensamiento griego y la fluencia vaga y vaporosa de los pensadores de China, India y los semitas! Sócrates, que a través de Platón y, sobre todo, a través de Aristóteles, sigue dominando en el mundo, ha dado a los hombres conocimiento de lo que es su don de la racionalidad. La lógica y la metafísica de Aristóteles siguen en vigor hasta para que pudiesen tener razón y fuerza las impugnaciones que las niegan.

b) *La voluntad*. La *hybris* no era en la Hélade un mero hecho, sino elemento que entraba de lleno entre las realidades primarias que descubrió. El mero descubrirlo no es malo, como conocer todas las virtualidades del poder del hombre no es malo, sino una capacidad para emplearlas en bien o en mal. La tragedia griega daba a sus espectadores la visión del fracaso de la voluntad ante fuerzas potentes.

c) *El sentimiento*. No menos original de la Hélade fué revalorizar esta tercera dimensión del espíritu humano. Especialmente el sentimiento de la Belleza, que descubre en el arte y en la naturaleza, Belleza por la que siente una verdadera veneración y que teoriza por sus filósofos y literatos.

Nietzsche creía que el pueblo griego era superficial; que tenía el arte de la superficialidad refinada. Creo que Nietzsche en esto es superficial; por el contrario, el griego era un pueblo profundo e introvertido; sólo que, precisamente por esta introversión, empezaba maravillándose de aquello exterior de que nadie se maravilla. El salvaje (éste sí, verdadero superficial) no se maravilla: simplemente, usa el mundo exterior, como un niño. Pero el griego está muy lejos de esto.

IV. — ROMA DESCUBRE EL DERECHO Y LA POLÍTICA

Si Grecia se maravilló al descubrir al hombre y su vida íntima, en estrecha correlación con el cosmos y su orden, Roma se maravilló ante el hombre social, extrovertido; y conjugó todos los elementos que se requerían para elevarlo a la cumbre de la grandeza: la fuerza de las armas, la política y el derecho.

Vencedora de Grecia por defuera, fué subyugada por dentro ante el prestigio y superioridad del alma más profunda de la Hélade. Pero aportó también su legado:

a) El arte de la política para juntar el «fortiter» con el «suaviter», que domeña a los pueblos; las grandes obras que sólo se emprenden dejando de pensar en el hombre como individuo, para pensarlo como

ser social, que necesita de carreteras, de puentes, de organizaciones colectivas, todo para convertir en un hecho su grandiosa concepción del romano: «Tu regere imperio populos, Romane, memento, parcere victis, debellare superbos»: es algo que Virgilio, aplicándolo a un pueblo, lo comunica sin saberlo a todos. La intuición de la unidad bajo un poder, seguirán influyendo en las mentes durante siglos con la hipnosis del Imperio; y por medio de la concepción del «Sacro Romano Imperio» seguirá también influyendo en el mundo cristiano.

b) Cuando Spengler insiste tanto en el grito «panem et circenses» de la plebe romana, no justiprecia bastante que bajo la superficialidad de la masa amorfa que daba estos gritos, había como algo íntimo otro principio formal, aquel que fué capaz de engendrar el sentido del derecho que veinte siglos no han derribado, más coherente y trabado que las dovelas de sus arcos.

V. — LA REVELACION CRISTIANA DESCUBRE EL SENTIDO TRASCENDENTE DE LA VIDA

La Revelación Cristiana, injertándose en los pueblos occidentales, aportó a su acervo de principios informantes, aquellos que han estructurado la más íntima esencia de lo que ha sido Europa.

Esta Revelación puede ser examinada, o bien, en cuanto a su aportación divina, es decir, en cuanto al conjunto de verdades referentes a Dios y a la Religión, con el denominativo de Religión verdadera, o bien, examinada en las *repercusiones humanas* que el anterior elemento trajo consigo.

Naturalmente, lo más típico de la Revelación cristiana es el primer aspecto, es decir, su contenido de Religión, en que se descubre el dedo de Dios. Pero para el fin que ahora pretendemos, interesa insistir en el segundo (sin negar el primero, sino sólo prescindiendo de él), es decir, insistir en sus repercusiones humanas.

Encerrar en los estrechos límites de unos enunciados, tales que a ellos vengan a reducirse más o menos remotamente *todas* las repercusiones humanas de la Revelación cristiana, no es tarea fácil, ni voy a pretender realizarla. Enunciar *algunas* de las más importantes repercusiones humanas del hecho de la Revelación, ya es más fácil, y lo único que pretendo ahora.

a) La primera repercusión humana que merece mencionarse es el *estímulo de superación*, aguijón clavado en la carne viva de Europa por la Revelación divina. El hombre, por su misma naturaleza, que es capaz de conocer por abstracción, o sea, universalmente, se halla en posesión de un principio ilimitado, como la noción de «ser», que por su carácter indefinido, que prescinde de límites, le permite pasar al infinito que niega estos límites. Es obvio que la voluntad siga en el tender la manera ilimitada del conocer: de ahí el afán innato de ideal y de felicidad, que lo hace un ser esencialmente desaclimatado en este

mundo. Pero al hallarse con que, por una parte, no puede conseguir plenamente dentro de este horizonte material su objeto propio, y al hallarse, por otra parte, con que la razón humana, de hecho, no ha llegado a que se consigan estas verdades fundamentales «ab omnibus, expedite, firma certitudine et nullo admixto errore» (2), sobrevénia al hombre una especie de decaimiento escéptico, que periódicamente le invadía y agarrotaba, paralizando sus fuerzas.

Por el contrario, la Revelación Cristiana, al darle la firme esperanza de un Bien proporcionado al anhelo fundamental de que su naturaleza es capaz, reafirmó su íntimo afán de superación.

No es de maravillar que (como nota muy bien a este propósito Mauricio Blondel) este fuera verdaderamente el resorte secreto que más ha impulsado al hombre por la marcha ascendente que ha llevado a Europa a un ininterrumpido progreso en el Arte, en la Ciencia, en la Técnica y en el afán de una superior espiritualidad. No diré que este haya sido el *único* resorte; pero creo que afirmar como afirmó en cierta ocasión Julien Benda, que la Iglesia estuvo simplemente ausente en la formación de Europa, es una grave equivocación. Antes bien, es preciso afirmar que el rasgo más íntimo del alma de Europa le viene de la Revelación Cristiana.

b) Otra repercusión no menos importante es el *ennoblecimiento progresivo*, que, como repercusión, traía consigo la grandeza del dogma cristiano. Al afirmar al hombre como *Hijo de Dios*, con la dignidad inherente a la *persona* humana, cuyo fin era individual e intransferible, le dió la excelsa dignidad de alguien que no puede ser tomado como «cosa», como instrumento, sino que debe ser respetado inviolablemente.

No menos importante que el concepto cristiano de la dignidad de la persona, fue para el ennoblecimiento del hombre la noción clara y precisa del *pecado*, con todo el contenido de la *espiritualidad y virtudes* cristianas, cuya repercusión hasta en el aspecto meramente humano y social es imposible calibrar debidamente, en toda su magnitud.

c) *La firmeza en las creencias* sobre el sentido de la vida, esencia y santidad de Dios y de la naturaleza humana, es también una aportación tan excelsa al acervo cultural, histórico y típico de Europa, que sería una grave mutilación olvidarla.

El mundo pagano oscilaba entre dos extremos: el marasmo del escepticismo en los períodos de depresión; y el fanatismo irracional en la *hybris* de la exaltación. Entre ambos extremos se halla la firme serenidad de la Fe Cristiana, uno de cuyos rasgos más característicos es precisamente la *firmeza* en la fe de lo que real y verdaderamente afirma ser realidad de las cosas (lejos de admitir como «mito» afectivo-sentimental, su objeto propio). Prescindamos ahora unos instantes de considerar si realmente la Iglesia Católica ha permanecido de hecho o no con la «misma» doctrina que profesó en el siglo I: fijémonos en

(2) *Concilio Vaticano, Sesión III, cap. 2.*

el aspecto de que por menos «ha tenido constantemente durante XX siglos la pretensión» de no cambiar y de no haber cambiado: ¿qué organización filosófica, religiosa, política, ha habido en el mundo, que durante XX siglos haya mantenido semejante pretensión?

Precisamente por esta firmeza se produjo, no diré ya el afán de difusión (característico también de otras religiones y de otras organizaciones, como por ejemplo el islam), sino de una difusión *universal y necesaria*.

Con ello venía también la necesidad de *defensa* de esta fe: un sentido (que no conocía el pagano, ni conocen los paganos modernos) de temor ante todo lo que pueda mancillarla.

Balmes vió claro cuando señaló que la filosofía neopagana actual llevaría de nuevo a la oscilación entre el escepticismo y el fanatismo, como de hecho va sucediendo.

d) *La Universalidad*. La Catolicidad, entendida ahora en el sentido de universalidad, no en el sentido desarraigado de abrazarlo todo, porque no se posea con firmeza ninguna idea, sino como exigencia de unos dogmas, que por ser los únicos verdaderos exigen abrazar el mundo entero e infundirle un mismo estilo de vida, es otro de los más típicos frutos que la Revelación Cristiana ha aportado a la historia y al alma de Europa.

La «fraternidad» del liberalismo, ante todo, nació como consecuencia, tras largos siglos de savia cristiana. Pero al querer laicizar este fruto, privándolo de sus raíces, es decir, al querer independizar la fraternidad de la exigencia verdaderamente *universal* de la firmeza de la Verdad, que le dió vida, cayó irremediamente en el indiferentismo: todos coinciden, sí, pero coinciden en no coincidir. Se confunde la tolerancia «de hecho», como «mal menor», respecto de todas las ideas, con su igualdad «de derecho»: y de ahí a autonegarse y destruirse, sólo hay un paso. Y este paso, Europa va dándolo. Precisamente al darlo va en camino de destruirse a sí misma, como aquellos troncos que cuando ya han difundido la semilla se secan. Europa ha difundido por todo el mundo las más íntimas esencias que le dieron la grandeza; y ahora se hace extraña a sí misma; y en la medida en que realmente se haga extraña a su raíz y principio formal, en la misma medida decaerá para dar paso a otro viviente mutilado y desunido.

Algo de esto ha entrevisto Toynbee cuando ha concebido esperanzas de un interno rejuvenecimiento respecto de nuestra civilización occidental, precisamente por su savia de catolicismo, que aún sigue alentando la carne reseca de la vieja Europa.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.

*Colegio Máximo de San Francisco de Borja
(San Cugat del Vallés)*